

REVISTA COSTARRICENSE

AÑO XI

DOMINGO 18 DE MAYO DE 1941

No. 466

HCR
056
R454-rc

En sus Quince Años



Merceditas Borrásé Sanóu

Tiene en su donaire la sutil gentileza de una princesita de Watteau y podría decirse de ella que es como un lirio en su modestia, en su pureza y en su dulzura. Sean para ella nuestra felicitación y nuestros cariños en esta fecha que le ha de ser inolvidable.



CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODOS
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

TIENDA DE CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de
Mercado

Prepárese para el invierno,
en esta tienda encontrará usted las
mejores y más baratas

Capas impermeables

Censura de Películas

Por el TRIBUNAL DE CENSURA CINEMATOGRAFICA DE ACCION CATOLICA

Clase A. 1ª Sección. — Buenas.

El bucanero; Capitanes intrépidos; Desfile de primavera; Hacia otros mundos; Hi-yo Silver; Hombres contra el cielo; Justicia; Más allá de Shanghai; La reina del río; El secreto del difunto.

Clase A. 2ª Sección. Para personas de criterio bien formado.

Amor en la cárcel; Andy Hardy tenorio; Arizona; El astro del tango; Barrio bajo; Carga de contrabando; Caribe Azul; Confesión; Corresponsal extranjero; Chingolo; La dama del cabello rojo; David Copperfield; El diario de los escándalos; Eran cuatro hijos; Espías; Florian; Furia en la selva; La hora fatal; Juventud danzante;

Luna de miel; Luna nueva; La marca del Zorro; El milagro de la calle mayor; El regreso del Dr. Kildare; Los siete jinetes de la victoria; Tengo fe en ti; Te quiero otra vez; Torbellino de pasión.

Clase B, Escabrosas.

Bailar es vivir; Ciudad de conquista; Demasiados pilones; Ojos negros.

Piensen los padres de familia en la grave responsabilidad que les incumbe respecto de la clase de espectáculos que permiten ver a sus hijos.

De lunes a viernes, entre 1 y 4 de la tarde, pregunte al teléfono 2353 por la película que desee y se le atenderá gustosamente.

Betina de Holst Hijos

En esta tienda encontrará bellísimas labores para hacer a mano y materiales insuperables de toda clase para labores de mano.

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación

BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29.

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XI

San José, C. R., 18 de Mayo de 1941

No. 466

Comentarios a las hermosísimas palabras del Presidente de la República Dr. don Rafael A. Calderón Guardia, publicadas en "La Tribuna" del 1º de mayo del presente año

"Como médico, he vivido en contacto con las miserias de la vida, por eso mi carácter se ha nutrido en sentimientos de benevolencia y he aprendido a contemplar, sin ira, las debilidades y las pasiones de los demás".

Todos los costarricenses sabemos que esas palabras son sinceras porque nacen de un corazón único por su bondad; el doctor Calderón Guardia tiene una madre piadosa, cuyo corazón es una ánfora de caridad y dulzura quien supo formar el corazón de sus hijos en los mismos sentimientos de su corazón.

Cuando el Doctor Calderón Guardia regresó de Europa, después de haberse doctorado, encontró que el bufete de su bondadoso padre era un consultorio de pobres donde las madres y padres indigentes llegaban a solicitar del Doctor Calderón Muñoz su ciencia para encontrar el remedio para las dolencias de sus hijos y entonces, padre e hijo se unieron para continuar ayudando a los indigentes con amor paternal, pues a este consultorio se llegaba con la seguridad de ser bien acogido, con la confianza del hijo que llega a donde sus padres para pedir-

les todo lo que necesitan y pagarles con un "Dios se lo pague". Razón tiene el doctor Calderón Guardia al decir: HE VIVIDO EN CONTACTO CON LAS MISERIAS DE LA VIDA, son esas miserias las que acabaron de formar ese corazón pletórico de benevolencia, de caridad y de amor a sus semejantes, son esas miserias las que lo han hecho tan humilde, son esas miserias de la vida las que lo hacen perdonar hasta las ofensas hechas a su queridísimo padre y es así como hemos visto a personas que fueron los más grandes enemigos de su padre colocados en puestos de gran consideración. Perdonar es fácil, pero olvidar es más difícil, y pagar con bondades el mal que se nos ha hecho, el odio injusto que se nos ha tenido, eso es algo casi imposible porque sólo los santos perdonan y olvidan y más aún hacen todo el bien que pueden a sus mayores enemigos.

La pasión política, ciega muchas veces los hombres y en su ofuscación los hace cometer errores que después de recapacitar se arrepienten de haberlos cometido. Dichosos los caracteres benevolentes como el del Dr. Calderón Guardia que ni aún en los momentos más difíciles su carácter se altera y

siempre permanece como esos lagos azules, como el firmamento, transparentes como el diáfano cristal, y en cuyo fondo se pueden admirar toda la belleza de esos jardines con que la naturaleza pródiga suele adornar las profundidades del mar y de algunos lagos. Así, hay almas bellísimas, cuyas profundidades ignoradas muchas veces, poseen bellezas sólo conocidas por Dios. Dichosas las almas buenas, que no saben odiar, que aman a sus enemigos y que como el Doctor Calderón Guardia guarda en su corazón los más benévolos sentimientos para todos, amigos y enemigos.

Costa Rica puede considerarse muy dichosa al tener como Presidente de la República a un hombre de la grandeza moral del Doctor Calderón Guardia, así está segura que la suerte de la República está en manos de una persona que jamás hará sufrir a sus hijos y que todos sus problemas por más difíciles que sean serán resueltos con la prudencia del hombre cuyo talento está inspirado por su gran corazón.

Pidamos a Dios que le dé a nuestro Presidente luz y acierto en todos sus actos, que todos los costarricenses lo ayudemos y que a ninguno le falte patriotismo para entorpecer la marcha en paz de la vida de la Nación.

Todos estamos obligados por patriotismo a secundarlo en todos sus proyectos, a ayudarlo en todo lo que esté a nuestro alcance para que se sienta acuerpado de todos.

Sigamos el ejemplo de esas naciones que tuvieron la suerte de que surgiera un hombre superior para gobernarlos, para encarrilarlos por los senderos del trabajo, del orden, de la moralidad, de la justicia y de la paz. Oliveira Salazar en Portugal ha sido el hombre ideal porque es un hombre inspirado en la moral del Evangelio, para él sólo existen: Dios y su patria y en el sentimiento de la patria están aunados la felicidad de todos los obreros, de los pobres y de todos los que acuerpados por las sabias determinaciones de un Gobierno magnánimo han podido surgir y ver resueltas todas sus difi-

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

cultades y vivir feliz y trabajando en Paz. En Costa Rica somos muy dichosos, todos sus Presidentes han sido inspirados en el más acendrado patriotismo, pareciera que cada uno estuviera en competencia con el anterior para hacer obras de verdadero beneficio nacional y su mayor orgullo es ostentar el mayor número de obras realizadas durante su gobierno; pero desgraciadamente la política lo hecha a perder todo... y agitada antes de tiempo da pésimos resultados. Hace muy bien el señor Presidente de la República en suplicar a sus súbditos de no agitar tan temprano la política y esperamos que los interesados oirán esta súplica para dejar a este gobierno trabajando sin que nada entorpezca su labor.

Costa Rica es un país pequeño, todos sabemos todo lo que pasa, lo que hicieron y dejaron de hacer los presidentes, dejemos en paz a todos, que no es agitando la política como se hace patria, ni criticando hechos pasados.

Las personas inteligentes que nos gobiernan actualmente dirigidas por una cabeza sensata procurarán no caer en actos que la experiencia dejó bien definidos para no

repetirlos. La experiencia es madre de la ciencia y estamos seguros que tanto este gobierno como los que vengan no repetirán ningún hecho de los que no dieron buenos resultados, y por lo tanto dejemos en paz a los que nos gobiernan.

En Costa Rica sólo un Gobierno fué la excepción de lo que venimos comentando, y también sabemos que así como llegó ese gobierno, inconstitucionalmente, así desapareció, dejando solo muy tristes recuerdos, pero los costarricenses ya olvidamos ese punto negro y ojalá jamás vuelva a repetirse semejante deslealtad.

Costa Rica es un país muy pequeño, los costarricenses muy fáciles de gobernar, la mayoría es sensata para comprender el bien que se hace y acuerparlo, sin distinciones de politiquerías; a lo que se aspira es al mayor bien de la república y a vivir en paz.

Y sobre todo pidamos a Dios que lo que más interese a este país es su moralidad, que cada costarricense trabaje porque la moral no sufra en ninguna forma y estemos seguros que aunque muy pequeños seremos grandes por la misma grandeza de la moralidad de los costarricenses.



Pensamientos de Elisabeth Leseur

"La cosecha es abundante y hay muy pocos obreros".—Las masas están esperando; multitudes de pobres y desgraciados seres viven en el mal y en la ignorancia, y ¿podemos nosotros continuar, indiferentes, nuestra cotidiana existencia? ¡Oh dulce piedad la de Jesús, que le hizo derramar tantas lágrimas sobre las muchedumbres abandonadas y miserables! Y nosotros, discípulos suyos, ¿no sabremos nunca amar con toda nuestra voluntad, en beneficio de esos niños, que Jesús bendice y quiere todos para Sí? El trabajo que hay que hacer es inmenso; pero ¿qué importaría si cada uno de nosotros cumpliera enteramente con su misión, dejando en pos de sí, obras, palabras y oraciones que se multiplicarían maravillosamente hasta el final de los tiempos, en be-

neficio de otras almas lejanas o desconocidas!

—:—

Cada día me voy convenciendo más de la absoluta inutilidad de las discusiones religiosas con los incrédulos. El punto de vista intelectual e histórico, que es el único a que pueden apelar, es insuficiente ante los fenómenos de la vida interior; todo cuanto profundo, delicado, vivo contiene el alma, les es desconocido; llegan hasta desconocer su propia alma. Procuremos, más bien, despertar en estos pobres seres el sentimiento de las cosas eternas; busquemos con ellos el divino destello; abrámosles ampliamente el camino del bien, el que conduce a Dios, sin embarazarlos con barreras y obstáculos. Con

ello habremos hecho bastante; luego roguemos con ardor, y la Providencia hará el resto.

¡Qué sufrimiento tan grande el no poder dar a comprender la belleza de lo que amamos, de lo que creemos! Ningún sér puede penetrar en otro sér, en esas profundidades del alma donde nacen y se producen los amores y las ideas verdaderas y sencillas; únicamente puede penetrar Aquel

que lo ve todo y lo sabe todo; Aquel que aporta consigo la luz y la vida; nosotros podemos, tan sólo, clamar hacia El; suplicándole con humildad: "*Ven Señor, a esta alma, y haz que viva*".

La acción de Dios en el alma: algo intangible, profundo, grande; que no se comprende bien hasta que la obra divina está terminada.

¡El Sacerdote!

De los héroes del cristianismo

Existe en las modernas sociedades un hombre que, careciendo de familia, a todas las familias pertenece.

Un hombre a quien llaman como a testigo, consuelo y agente en los principales actos de la vida.

Un hombre que recibe al hijo del seno de su madre para sostenerle y educarle en el camino de Dios hasta el fin de sus días.

Un hombre que santifica la cuna y el sepulcro, el lecho nupcial y el mortuario.

Un hombre a quien los niños siguen y veneran, a quien los desconocidos llaman padre, que abre su corazón a las revelaciones más íntimas y a las lágrimas más ocultas.

Un hombre que es por su misión el consolador de todas las aflicciones del alma, de

todos los padecimientos del cuerpo; que se atrae sucesivamente al rico y al pobre: al rico para que entregue la limosna secreta de que el cielo toma cuenta, y al pobre para que la reciba sin rubor en nombre del Dios de los infortunados.

Un hombre en fin que, no siendo de ninguna condición social, pertenece a todas las clases: a las inferiores por la humildad de su vida, y a las superiores por su ciencia de las cosas del cielo y de la tierra.

Piloto salvador, deparado a la civilización de un mundo náufrago, que domina las borrascas de la vida moral con el espíritu y la autoridad que recibió del Altísimo, este hombre universal es el sacerdote. Su historia es un evangelio vivo: es el testamento de Jesucristo, perpetuamente en el transcurso de las edades renovado.

SOLO

Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y PERSISTENTE, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO

EN EL LAVADO
DE SU ROPA

INDUSTRIAL SOAP Co.
Agustín Castro & Cía.

¿Los católicos pueden o no leer la Biblia en Castellano?

¿No han de poder?—Los protestantes calumnian a la Iglesia Católica de que prohíbe leer y propagar la Biblia. Como si creyese que en la Biblia hubiesen de encontrar los fieles la condenación de sus errores.... ¡Qué tontería!, como otras muchas que los protestantes dicen de la Iglesia Católica, o porque no la conocen, o porque aunque la conozcan, la quieren desacreditar. No, amigo protestante, la Iglesia no nos prohíbe leer la Biblia, ni en hebreo, ni en griego, ni en latín, ni en castellano, ni en ninguna otra lengua.

Quiere que se lea.—Al contrario, la Iglesia Católica desea que los fieles lean la Escritura y la conozcan y la entiendan. Y para eso ordena a los párrocos que en los domingos y fiestas expliquen el Evangelio del día al pueblo, en la homilía, y desea que todos los predicadores, en sus sermones, se valgan especialmente de la Biblia, para explicar la doctrina verdadera de la fe.

Procuró muchas traducciones.—Lejos de impedir su lectura, mucho antes de que naciese el protestantismo, hizo que la Biblia se tradujese a muchas lenguas.

¿Pues qué dispone la Iglesia?—Conviene, amigo protestante, que lo sepas para que no te dejes engañar de tus pastores y de otros protestantes que saben menos que ellos, y repiten por boca de ganso lo que han oído, pero no lo saben. La Iglesia Católica prohíbe dos cosas: que se lean Biblias traducidas al castellano que no estén autorizadas y revisadas por la autoridad eclesiástica, y que se lean Biblias traducidas a nuestras lenguas sin notas entresacadas de Santos Padres y de doctores escritores. Ya ves que no es lo mismo esto, que prohibir la lectura en lengua corriente.

¿Por qué lo hace así la Iglesia?—Pues lo hace porque ha visto, por larga experiencia, que si permitiese leer a todos la Biblia en su lengua, podrían los fieles sacar más daño que provecho.

¿Por qué prohíbe las Biblias publicadas sin su

aprobación?—No porque la Biblia necesite permiso del Papa para ser leída, no. Sino porque quiere cerciorarse de si efectivamente el libro que lleva el título de Biblia es Biblia, o un libro cualquiera al que un editor maligno ha puesto este nombre para hacerlo pasar por Biblia, o si está bien traducida y fielmente, o si está truncada, añadida, adulterada. Porque pudiera ser que un malvado se valiese de este ardid para hacer pasar por enseñanza e inspiración de Dios, muchos absurdos y disparates. Por eso quiere ella ver el libro que se imprime para cerciorarse de si es o no la Biblia, y la Biblia que no esté revisada, no la deja leer. Y con razón, ¿no te parece?

Trampas que se han hecho.—En efecto, muchas veces, desde el tiempo de las Albigenses, algunos herejes, para hacer pasar por buenas sus doctrinas, dieron Biblias trastornadas, mutiladas y falsas. Y por eso la Iglesia prohibió las biblias que primero no hubiesen sido aprobadas por algunos examinadores de conciencia y por su autoridad.

¿Por qué manda que se pongan notas?—Muy bien ordena esto. Ella tiene mucho más amor y mucho más respeto a la Biblia que los protestantes, los cuales no ponen traba ninguna a la Biblia y la entregan a gentes que la entenderán por sí. Más la Iglesia considera por experiencia, que los fieles son incapaces de entender bien la Biblia; más aún, que son muy capaces de entenderla mal. Porque la Sagrada Escritura tiene pasajes difíciles de entender, sobre todo para personas sin estudios. Y por amor a estos pobres y humildes, y para que la lectura de la Biblia les sea provechosa en vez de dañosa, mandó que en todo libro de la Biblia que se publicase en lengua corriente, hubiese algunas notas explicativas de la dificultad. No tiene ese sistema irracional del protestantismo, que permite a cada uno que interprete la palabra de Dios como guste. ¿Qué va a interpretar un pobre albañil o un pobre jornalero, una pobre cocinera o una niña o niño, la Biblia, cuya lectu-

ra es tan difícil de entenderse? Y vosotros, pobres protestantes, en teniendo en la mano una Biblia que no entendéis, ya pensáis tener en las manos la sabiduría. El libro sí, es sabio con sabiduría divina; pero es libro cerrado para los más de los hombres.

La Iglesia enseña mucho la Biblia.—Aunque los protestantes se jacten de conocer bien la Biblia, no la conocen, y los católicos la conocen mucho mejor, a lo menos el que quiere; porque la Iglesia la enseña explicándola en catequismos, en predicaciones, en lecturas y libros acomodados al modo de entender el pueblo las cosas. La Iglesia no sólo no tiene miedo a la Biblia, sino que en ella pone su mayor confianza; y vela cuidadosa porque no se altere ni una letra ni una coma de sus escrituras, y admite todas las investigaciones de los sabios cuando tienen razón, aunque sea de los protestantes, para averiguar su verdadera escritura y el sentido de ella. Vosotros creéis conocer la Biblia, pero no la conocéis o la conocéis mal.

Diferencia entre protestantes y católicos.—Para que veas que nosotros los católicos, lo hacemos mejor que vosotros, los protestantes, en esto y en todo, y dejes de tener esas ideas protestantes que tienes, acaso de buena fe, acaso engañado por un pastor que no me engañaría a mí, ni a nadie que tuviese un poco de lógica y conocimiento de las cosas, fijate en la diferencia que respecto de la Biblia tenemos los católicos y los protestantes.

A nosotros la Iglesia no deja que nos den

Biblias malas, adulteradas, engañosas; y ella se encarga de revisar las que nos dan, para que no nos engañen. Y nos prohíbe como a hijos queridos, que tomemos ninguna Biblia, sin que ella la vea antes.

A nosotros nos dan las Biblias completas. A vosotros incompletas. Vuestras Biblias, unas carecen de un libro, otras de otro, y todas de alguno, según las ideas de las diversas sectas protestantes.

A vosotros os la dan sin explicación; ¡arregláos, pobrecitos! ¿acaso soís capaces de entender sino cuatro cosillas? A nosotros con notas que guían, y sobre todo con predicación, que es mejor.

A vosotros os permiten interpretar la Biblia como queráis. ¡Qué cosas se os pueden ocurrir! A nosotros no se nos permite interpretarla sino conforme a la autoridad de la Iglesia, magnífica maestra de verdad.

No te jactes.—No te jactes, oh pobre protestante, de tener la Biblia que para tí es libro cerrado y aun libro expuesto a ser mal interpretado. No pienses que tienes la ciencia en casa. Porque ni tú ni otros más sabios que tú, sin mucho estudio, pueden entender la doctrina encerrada en la Biblia. Es mucho mejor nuestra costumbre, y es mala la vuestra.

Pero sobre todo no digas ya que los católicos no pueden leer la Biblia.—Lo que sí puedes decir es que es más para los doctos, que para la plebe, y que no hace falta que lean la Biblia todos los católicos.

De "El Apóstol"

Jesús

—Pobre alma, te conozco...! Si eras mía
y una tarde lejana te perdiste,
Y desde entonces, solitario y triste,
Con los ojos nublados te seguía!...
¿No escuchaste mi voz que te decía
Ante la muda tentación: resiste?
¿Por qué, alma ingrata, de mi lado huiste,
Si yo soy la esperanza y la alegría?

Ven a mis brazos, triste peregrino,
Que regresas cansado del camino
A refugiarte entre mi pobre manto.
Soy el amor que en místico derroche
Haced de estrellas florecer la noche
Con la inefable santidad del llanto.

Ricardo Nieto.
(Colombiano.)

NOVELA

—Una mujer refinada que pertenece a la más alta aristocracia rusa.

—¿Y qué tiene que ver eso para que sea una cualquiera, una pervertida, una viciosa...?

—Sandra Veronieff me quiere y está tan enamorada de mí que me lo ha sacrificado todo — intenta subrayar el mozo como una defensa.

—Quisiera yo saber lo que esa señora le haya podido sacrificar a usted — exclama con desdén Conchita Pardo. — ¿Una reputación, una fortuna, un hogar...? Seguramente no tendría ya nada de eso cuando usted se la tropezó por esos mundos. Y aunque lo tuviera es un sacrificio tan forrado de egoísmo que más parece una burla de todo cuanto significa abnegación. Si esa señora sintió por usted eso, elevado y puro, que se llama amor, debió —en beneficio de usted y de su decoro de mujer honrada— apartarse de su camino y no ponerle en la situación comprometida y poco airosa en que se le ha colocado.

Sonríe amargamente el mozo, sin contestar. Conchita Pardo parece que adivina su lamentable historia. Y eso que ella ignora la afrenta de las entrevistas clandestinas a media noche mientras el marido juega en el Club, los sobresaltos de las repentinas llegadas, el ridículo y humillante escondite de aquel ropero donde la doncella de Sandra le ocultaba y desde el cual oía sublevándose, rebelándose contra aquella bochornosa promiscuidad, las escenas de amor con que la dulce voz de Sandra Veronieff anestesaba los recelos de su marido. Muchas veces, su sana educación moral ha puesto aprensiones en su conciencia; pero el diablo de la lujuria ha logrado acallarlas y de cada día se ha encenagado más. Ahora, bruscamente trasplantado a unos ámbitos mucho más sanos, donde todavía no se confunden del todo el bien y el mal, Julio Armengod se siente avergonzado sin que los especiosos argumentos de la pasión logren disimular ya ante su conciencia toda asquerosa bajeza de estos amores, indignos.

Tiene razón Conchita Pardo. Su situación es poco airosa, además de ser muy comprometida. Con ademán impaciente —en este momento casi odia a Sandra Veronieff— tira el cigarrillo en la balsita circular del surtidor. Se apaga, con un chirrido, y una bandada de pececillos rojos huye a refugiarse bajo las floridas matas de lirios alarmados por la repentina intrusión de un cuerpo extraño.

—Es usted quien le ha sacrificado a ella muchas cosas. Entre ellas la paz de su espíritu que no puede glorificarse ciertamente con todo lo ocurrido. El mundo puede que mire con excesiva tolerancia esas aventuras que se comentan con lenguaje libre entre gentes donde el sentido moral se ha degradado; pero usted que fué formado por una madre cristiana no es posible que duerma tranquilo pensando en cómo vive. Y todavía en el mundo, no todo son gentes de criterio tan amplio como para convertir el vicio en algo inofensivo que aparente ignorarse con indulgentes sonrisas —cosas de muchachos, de artistas, como si para los artistas hubiera un código de moral especial, cosas de hombres y mujeres...— sino que aun existen enormes núcleos de personas ante las cuales usted y todos los primos que se dejan manejar por mujeres de la especie de Sandra Veronieff son mirados con desprecio, con recelo y con lástima. ¡Válgame Dios, criatura! ¿Y a usted no se le ha ocurrido nunca pensar que esa mala persona le está estropeando el porvenir? ¿Y aún habla usted de lo que ella le ha sacrificado? Vamos, hombre, no se empeñe usted en hacerme creer que es usted imbécil o que ella le ha vuelto idiota con sus arrumacos. ¿Qué le da a usted esa mujer, vamos a ver?

—Ya le he dicho antes que me quiere—trata de afirmar el mozo.

—Bueno, lo admito. Quiero admitirlo sin discutir esa clase de cariño que a usted le consta que sería muy discutible. Pongamos que Sandra Veronieff le quiera. Pero, ¿qué espera usted de ese amor?

Julio Armengod no contesta. Empieza a sentir un sordo enojo contra la muchacha, porque parece que está leyendo en su interior como en un libro abierto; pero a la vez algo tiene el poder de mantenerle como bajo el dominio de la grave vocécita.

—Nada...— confiesa lealmente.

—Nada, es verdad. Unos cuantos años de vértigo. Diez, doce, acaso veinte, si la problemática fidelidad de ambos sobrevive a tan larga prueba. ¿Y luego? Ella tendrá su marido, acaso sus hijos...

—Sí...

—¿Y qué tendrá usted cuando el amor y la juventud se hayan ido, quiere usted decírmelo? Ella se refugiará en su hogar y en los lazos de la sangre después de haber sacudido el lastre de sus ilícitas y vergonzosas relaciones. Allí vivirá rodeada de esos afectos que, creados por la naturaleza, resisten perdurables a toda influencia de la clase que sea. Por pervertida y degradada que esté una madre, para el hijo es siempre algo intangible y solamente siendo un caso especial la negaría su respeto y su apoyo. ella sabe que a toda hora la esperarán el amor y el perdón... Pero, ¿dónde irá usted dentro de veinte años, de doce, de diez...? Sabe usted si su madre podrá vivir hasta el día en que usted venga a su casa haciendo de hijo pródigo? ¿Ignora usted que padece una angina de pecho y a toda hora se halla en peligro inminente?

—Sí, lo sé...—murmura contristado el mozo.— Me lo advirtió tía Pepita. Y precisamente porque lo sé, estoy aquí: por no contrariarla...

—Bueno, hizo usted muy bien y Dios se lo recompensará. Ojalá dentro de unos años, cuando Sandra Veronieff se cansé de hacer de modelo suyo, pueda usted encontrar a esa excelente madre en esta hermosa propiedad que la previsión y el ahorro de sus antepasados —que miraban más por el bienestar de su raza y por el renombre de su familia de lo que usted mira— le dejaron a usted en herencia.

Una herencia y una enseñanza que yo he desoído, tiene usted razón.

—Bueno. No es mal sastre el que conoce el paño. Conque supongamos que usted se refugia aquí... o en donde sea, cuando esa aventura con la rusa haya dado remate.

—Por supuesto — admite Julio Armengod, sin rastro ya de animosidad contra esta audaz consejera que se está atreviendo a decirle lo que nadie le ha dicho.

—¿Qué hará usted de su vida? ¿Crearse un hogar?

—Sí, creo...— tartamudea Julio. —La verdad es que no lo había pensado nunca. Pero sí... Esto tendré que hacer. ¿No lo hacen todos?

—Claro. Hasta ahora no se le había ocurrido pensarlo. Es natural. Estaba entre los tentáculos del pulpo: anestesiado y como insensible bajo el contacto de esa mujer. Siempre tendrá que agradecerme que mi voz haya sonado en sus oídos como el clarín del juicio final, llamándole a la realidad de la vida. Un poco desagradable, ¿no?, pero algún día puede que se acuerde de esta entrometida, con gratitud: el día que viva usted feliz... y honradamente.. y con la conciencia en calma. El día que tenga usted una mujercita muy linda y muy buena... el día que vuelva a sentarse en este jardín, sobre ese banco.. bajo estas frondas, rodeado de tres o cuatro angelitos. Debe ser muy hermoso, ¿no le parece? Lo bastante hermoso para sacrificarle todo el goce sensual que pueda proporcionarle a usted la belleza diabólica de Sandra Veronieff.

—Acaso... — murmura, suspirando, Julio Armengod.

Sus ojos miran lejos y en ellos, las palabras de Conchita Pardo —mujer exquisita, de una feminidad tan encantadora y tierna— parecen haber levantado un ensueño: el ensueño blanco, tan cerca sin embargo de la realidad que con sólo un esfuerzo puede vivirse.

—Pero no va usted a conseguirlo sin un esfuerzo enorme, por que sino se sacude de encima a esa mujer, ¿quién va a casarse con usted? Y cuando ella se cansé, dentro de diez, de doce, de veinte años, claro que si quiere usted casarse siempre encontrará con quién: tiene usted dinero, será entonces un hombre famoso, puede que conserve la línea y sea tan guapo como hoy...

—¡Cómo se burla usted de mí!

—Pero se me antoja que la clase de mujer que se casará entonces con usted sin preocuparle el lastre del pasado, no sería precisamente la mujercita que usted haya deseado alguna vez

para esposa. Una mujer que hace un matrimonio de conveniencia, donde el amor brilla por su ausencia, no es para usted. Un artista, un soñador, un romántico...

—¿Cómo lo sabe usted?

—¡Bah! Su misma aventura con Sandra Veronieff me lo está diciendo. Le conozco unos días. Pocos. Pero los suficientes para darme cuenta de que no es usted un vicioso. Usted ha ido a la aventura quizá por curiosidad y luego le han retenido en ella —aunque parezca un contrasentido— todos sus instintos caballerescos. Sandra satisface un bajo instinto, no hay espiritualidad ninguna en eso que la une a usted —y conste que no sucede esto porque usted sea un hombre capaz de inspirar una afición honrada a cualquiera mujer decente, ¿eh?, no confundamos— y en cambio usted se ha enamorado con todas las características de un cariño perfectamente honesto. Sus instintos sanos han distinguido entre la mujer pura y la malaembra y ha ofrendado usted a la aventura, **dilettante** del placer, cazadora inmortal de sensaciones, el mismo amor que hubiera dado a la novia blanca. Por eso le dije a usted que el casamiento de conveniencia que podrá hacer a cualquiera hora un hombre de sus condiciones, no es para usted. Ni yo se lo deseo, ni se lo aconsejo.

—¿Qué me aconseja usted, sapientísima amiga? —sonríe con burla muy fina en la cual se nota ya una ligera emoción, Julio Armengod.

—Lo que yo le aconseje no va usted a hacerlo; pero si se empeña en saberlo se lo diré.

Julio la mira ansioso. De una mata de heliotropo a la otra, han empezado a ir y a venir, en revoloteo incesante, varias lindas mariposas blancas que, en sus giros, suelen trazar como una corona sobre la brillante cabellera de Conchita. Se siente dominado por el encanto espiritual de esta mujer cuya alma sana, clara y limpia, destella en torno una luz de inteligencia y de bondad. ¿Qué va a decirle Conchita Pardo?

—Lo primero que haría sería colgar los pinceles y seguir las tradiciones familiares poniéndome al frente de esta fábrica.

—¡Usted me aconseja eso! ¡Qué absurdo! —se subleva Julio.

—¿No le he dicho, ya que yo lo haría? En

la fábrica tiene usted un porvenir seguro y hasta espléndido; y en el Arte... Bueno, no es que yo discuta —Dios me libre— sus cualidades artísticas; pero ¡le esperan todavía tantas luchas, tantos desencantos, tantas angustias, hasta llegar a la meta!

—Pero yo tengo fe en mí...— declara el pintor.

—Pues si tiene fe en sí mismo, adelante. Lo mismo da que pinte usted cuadros o que fabrique cerámica para ser una persona decente. Lo siento por la tradición familiar. Yo tengo la debilidad de sentir en tradicionalista aunque sea —en otros aspectos— una mujer muy moderna. Adelante. A pintar se ha dicho. Descartada la primera parte de mi opinión, queda la segunda.

—¿Qué es...?

—El matrimonio. Busque una muchacha que le agrade. Una chiquita bien educada...

—¿Por qué dice usted "chiquita"?

—Porque a usted, que debe estar ya un poco estragado, le conviene una muchachita muy joven y, además, porque está usted muy malcriado —y usted perdone— y como le han acostumbrado a hacer siempre su santísima voluntad, necesita modelar a su arbitrio a su mujer para evitar choques frecuentes.

—¡Es usted de una franqueza...!

—Otra de mis debilidades: decir la verdad. Ya—, ya lo he notado.

—Pues completaré el concepto de franca que usted ha formado de mí diciéndole que el matrimonio es la única puerta de escape para salir del atolladero en que se encuentra... dado el caso de que usted quisiera salir de él, naturalmente. El matrimonio crea deberes y responsabilidades a los que un caballero no falta nunca... Usted es un caballero y una vez casado obedecerá al freno del hogar. Y es también una magnífica excusa para dar por terminada cualquier aventura.

—No conoce usted a Sandra Veronieff —contesta el joven con una sonrisa de escepticismo.

—¡Bah! Todas las mujeres son iguales: las de alto capote y las otras. Una escena, cuatro gritos, lloros, lamentos, amenazas, maldiciones.

y, al fin... a rey muerto, rey puesto. Ya sé que usted no lo hará; pero ese es mi consejo.

—Lo agradezco. Ha sido usted muy buena al ocuparse de mí; pero ya que es usted tan franca, ¿quiere decirme de quién ha partido la sugerencia? Porque yo no soy tan tonto como para creer que ha salido de usted la idea de echarme este sermón. A ver: ¿quién ha sido el ángel inspirador? ¿Mi madre o tía Pepita?

Si por un momento ha esperado Julio Armengod ver a Conchita Pardo turbarse y enrojecer confundida sin saber por dónde salir, debe confesar que se ha equivocado por completo, ya que la presta respuesta a sus mordaces preguntas es una carcajada tan clara y sincera como su misma alma.

—¿De qué se ríe?— pregunta al fin Armengod un poco picado al ver que la carcajada no tiene acabamiento.

—De lo extraordinariamente listo que es usted — responde ella cuando puede.

—¿Guasa... o coba?

—Ni una cosa ni otra. En serio: ha dado usted en el clavo.

—Me lo vengo figurando desde que empecé usted a hablar.

—Pues todavía no ha llegado usted a figurarse ni la cuarta parte de lo que hay.

—¡Ah!, pero... ¿hay más?

—¡Digo si hay más! Lo sabroso se lo que viene luego.

—¿Cómo?

—Pues nada: que el encarguito de sermonearle no es nada como aquel que dice. Mire, vamos a hacer usted y yo una alianza ofensiva y defensiva, ¿le parece?

—Por mí, hecha.

—Bueno. Pues empezaré por hablarle con toda la crudeza que el caso requiere. Yo estoy aquí, a mí me han traído aquí para que le enamore a usted.

—¡Caramba! — murmura asombrado y perdiendo en parte su aplomo.

—Sí, señor. Doña Pepita, que es mi profesora y mi amiga y casi estoy por decirle a usted que mi segunda madre — porque son incontables los beneficios que tengo que agradecerle — me expuso su caso y me pidió que procurara desbanca a Sandra Veronieff. Según

parece, usted ha venido aquí a ruegos de doña Pepita...

—Sí, en efecto. Me habló del empeño que tenía mi madre en que diera una mirada a la fábrica y casi hizo cuestión de conciencia el que no la contrariase, alegando su estado cardíaco.

—Eso es. No mintió doña Pepita. Su señora madre tenía verdadera ansia por verle a usted aquí; pero aunque se excusaba con la fábrica, otra le quedaba por dentro. A usted no le han traído aquí a que dé una visita a sus intereses solamente.

—¿Ah, no? ¿Pues a qué más, si puede saberse?

—A casarse con la hija de su socio.

Julio Armengod se inmoviliza por la sorpresa y sus rasgos adquieren tal expresión de idiotez que nuevamente rompe a reír, con todas sus ganas, Conchita Pardo.

—Pero... pero... ¿usted piensa en serio que a mi madre se le puede haber ocurrido semejante tontería? — tartamudea el pintor cuando su asombro le permite hablar. — ¿Usted conoce que una muchacha como Rosa Palomar puede ser para mí?

—¡Ya lo creo! La que no lo admitió, ni por un instante, fué doña Pepita, que es una mujer muy inteligente y tiene otra visión de las cosas. Y sin contrariar el propósito de su madre, porque es muy diplomática, pensó en desbanca-la poniendo otro peón en el juego. Y el peón soy yo.

—Es usted una chica muy especial, Conchita. ¡Me lo dice usted así, tan tranquilamente, y al hacerlo no piensa que me da una carta en contra suya!

—No me importa porque no pienso secundar este juego. Me parece poco limpio. Y que esto no sea crítica ni para su madre ni para doña Pepita. Hay sentimientos muy respetables y yo me hago cargo de los suyos en este asunto; de su preocupación, de sus aprensiones. Yo concibo que para llegar al fin empleen cualquier medio; pero yo tengo mi moral y mi criterio y por nada del mundo llegaré al matrimonio por senderos de intriga. Me parecería un sacrilegio...

(Continuará)

Pequeñeces Grandes

Continuación. De "La Madre Cristiana" Fr. Aurelio Lacruz, A. R.

Guiados los santos por las enseñanzas y la práctica de la iglesia, fueron siempre devotísimos de la señal de la Cruz, y Dios premió su devoción con multitud de favores, prodigios y hechos milagrosos que se pueden leer en sus vidas. Aquellos célebres solitarios de la Tebaida estaban tan familiarizados con esa piadosa práctica, que era para ellos como una dulce necesidad el santiguarse a cada momento, por haber experimentado cuán eficaz remedio contenía la señal de la Cruz para librarse de las tentaciones y acometidas del enemigo, y para mantenerse en aquel género de vida que habían abrazado, más celestial que terreno.

Refiérese en las vidas de esos santos anacoretas que cierto famoso bandido se refugió en una ermita del interior del desierto, en una noche de horrorosa tempestad. Creíase solo el bandido, pero en el rincón de la ermita oraba un santo solitario que había elegido aquel lugar para la oración nocturna. La tempestad rugía cada vez con más fragor. Brilló de pronto la deslumbradora luz del relámpago oyéndose un trueno espantoso. El bandido hizo entonces la señal de la Cruz, única devoción que practicaba de las que le enseñó su santa madre. Dios permitió que el solitario viese en aquel momento a varios demonios dirigiéndose en actitud amenazadora a donde estaba el infeliz bandido. Solamente el solitario era testigo de la visión. Varias veces intentaron los demonios apoderarse del desgraciado pecador, pero al llegar junto a él, se sentían rechazados por misteriosa fuerza. Se dieron al fin por vencidos y exclamaron con rabia: **VAS VACUUM SED BENE SIGNATUM: ES UN VASO VACIO, PERO BIEN SELLADO.** Querían decir: Ese bandido tiene el alma vacía de virtud y buenas obras, pero la ha sellado muy bien con la señal de la Cruz que ha hecho. —La visión desapareció. Al clarear el alba refirió el solitario al bandido todo cuanto había visto; lo exhortó a penitencia

y logró confesarlo y convertirlo. Desde entonces fué un cristiano ejemplar, y fervoroso devoto de la señal de la Cruz.

CREO...! GRACIAS...! Esas dos palabras en forma de exclamación contienen una historia sencillísima pero muy provechosa. Se trata de un caballero cargado de años que vive en una capital de provincia de España; al menos vivía hace cinco meses. El dicho señor padeció terribles y continuas tentaciones contra la Fe, hace ya un buen número de años. Hay que decir que su vida de católico dejaba algo que desear. Creía, pero practicaba poco. Lamentaba, no obstante, aquella situación de continuadas tentaciones, pues como él mismo declaró después, por nada ni por nadie hubiera abandonado su fe, aun cuando su conducta no era ejemplar — Acudió al fin a cierto sacerdote y le expuso lo que le sucedía, pidiéndole consejo y remedio. Escuchóle el sacerdote hasta el final sin la menor interrupción, y después de unos momentos de reflexión, le contestó así: Me pide usted consejo y remedio. Mi consejo se reduce a que se esfuerce por acomodar su conducta a esa fe tan combatida; practique usted más de lo que practica y viva su religión. En cuanto al remedio, voy a darle uno muy sencillo y facilísimo de cumplir, pero exijo su palabra de caballero de que lo cumplirá con fidelidad y exactitud. Prometióselo el consultante, y el sacerdote continuó: El remedio consiste en que usted haga la señal de la Cruz con la frecuencia posible, sobre todo cuando se vea tentado más fuertemente contra la santa Fe, pero hágala con devoción, con pausa, atendiendo a las palabras y pronunciándolas con respeto. Al santiguarse, diga usted verbalmente o con el pensamiento estas dos palabras u otras semejantes: **Creo...! Gracias...!** Al pronunciar la primera, tenga la intención de creer en todos nuestros Misterios y Dogmas, especialmente en el de la Beatísima Trinidad a la que invocamos

al hacer la señal de la Cruz. Al pronunciar la segunda, piense en el eterno Misterio de la Redención, en Jesucristo crucificado y muerto por usted y por mí y por todos los hombres. La Cruz que formamos nos ha de recordar la Cruz en que murió. Esos dos actos de fe y de gratitud se pueden realizar en unos segundos. Al hacerlos, no atiendan a las tentaciones, ni menos aún se empeñe en hacerles frente con sus razonamientos y discursos; sería tan inútil como peligroso. No les haga caso ni las atiendan; desprécíelas. Atienda solamente a hacer devotamente la señal de la Cruz y a las palabras que al hacerla pronuncia; e inmediatamente añada al acto de fe y de gratitud, **Creo! Gracias!**; sea de palabra o mentalmente; mejor, de palabra. Pero no lo omita; se lo encarezco. Aun cuando le parezca no sentir en su interior lo que dice con los labios, insista en el acto de fe y de gratitud, aunque las palabras, le salgan forzadas; aunque las arrastre. A la lengua seguirá muy pronto la mente y el corazón; yo se lo aseguro. Le costará algún esfuerzo acostumbrarse, pero estoy seguro de que con este sencillo remedio, fielmente aplicado, desaparecerán esas tentaciones que tanto le preocupan y molestan. Y nada más. Los auxilios de la gracia no le han de faltar. Tampoco le faltará la pobre ayuda de mis oraciones, pero... ayúdese usted ante todo a sí mismo.

Despidióse el caballero algo sorprendido de la **pequeñez** del remedio y no muy confiado en su eficacia, pero con firme resolución de ponerlo por obra del modo y forma que el sacerdote acababa de indicarle. Durante los primeros días no le fué fácil actualizar su atención al santiguarse. Las distracciones eran frecuentes; pero luchó, fué constante; concentró su esfuerzo, y el éxito no se hizo esperar.

Pasado apenas un mes, acudió a dar gracias al sacerdote por el saludable y eficaz remedio que le había recomendado. Las tentaciones habían desaparecido totalmente. Pero aún hubo más. El buen señor declaró con manifiesta alegría que la señal

de la Cruz con las dos palabras que añadía, habían despertado, sin apenas darse cuenta, su dormida devoción. Mediante la repetición de la palabra **Gracias!**, con la que expresaba su gratitud por el inestimable beneficio de la Redención, se fue aficionando a pensar en la pasión y muerte de Jesús, cada vez con más detención y con mayor consuelo y provecho. Esa santa meditación fué el principio de una vida prácticamente católica y verdaderamente piadosa, en la cual ha perseverado hasta el presente. Hace como cinco meses tuve noticia de que el buen anciano continuaba practicando su devoción favorita en la forma que se ha dicho, y que sufría con edificante resignación los achaques de la vejez y las muchas molestias de su ya larga enfermedad. Dios le asista y le ayude.

Ojalá que estos ejemplos, y más aún, las enseñanzas y la práctica de la Iglesia nos muevan a ser cada vez más devotos de la señal de la Cruz, cuidando de hacerla con la atención y respeto que merecen los misterios de la Beatísima Trinidad y de la Redención que recordamos al santiguarnos. Por nuestra ligereza, irreflexión y falta de cuidado la hemos convertido prácticamente en una pequeñez. Considerándola a la luz de la doctrina y del ejemplo de la Iglesia, llegaremos a apreciar su grandeza.

Enseñen los padres a sus hijos, desde pequeños, esta devota práctica, que es, como dice el Catecismo, la señal del cristiano. Pongan sumo cuidado en que al formar ese bendito signo, lo hagan bien y pronuncien con respeto las palabras, instruyéndolos ante todo con su ejemplo. Cuando los niños no sean capaces de eso por su tierna edad, acostúmbrense los padres a hacer ellos mismos la Cruz sobre sus pequeñuelos.

Qué cuadro tan hermosamente cristiano y tan del agrado de los ángeles, el de una madre o un padre haciendo la señal de la Cruz sobre la cabecita y el pecho de su pequeñín dormidito en la cuna...!

Manila, Octubre, 1940.

El Hogar de Santa María

De "Revista Mercedaria"

La siempre Virgen María andaba por las calles de una gran ciudad, no allá en los tiempos suyos, sino en estos nuestros en los cuales vivimos y nos movemos.

Corrían tranvías, rodaban veloces automóviles, autobuses, traqueteaban y hasta volaban rapidísimos aviones.

Ella iba a pie.

Jesús niño a su lado andaba, como si tuviera miedo de perderse.

Su andar era algún tanto apresurado.

Un coro de niñas y niños la conoció.

Y así exclamó:

—¿Dónde vais, Santa María?
con este andar?

—Voy en busca de mi casa
y de mi hogar.

—Vuestro hogar Santa María
¿dónde estará?

—Quien me siga lo verá,
y lo verá.

Ya la siempre Virgen María iba andando y andando.

Y el coro de niños y niñas, tras Ella también.

Y en una calle amplísima, en medio de palacios, hervir de gente rica y señorial le mostraron un convento en cuyo frontispicio había esculpido el nombre de su Hijo con estas letras: A. M. D. G.

—Vuestro hogar Santa María
¿éste será?

La siempre Virgen María con afabilidad maternal lo miró y respondió:

—Dentro de él feliz sería...
mas ¡no es mi hogar!

En medio de una plaza donde se levantaba la Universidad, en torno de ella escuelas, bibliotecas y colegios la detuvieron de nuevo aquellos niños y niñas.

Le mostraron un convento en cuyo portalón principal resplandecía el sol de Aquino.

—Vuestro hogar Santa María
¿éste será?

La siempre Virgen María con afabilidad maternal, mirándolo respondió:

—Dentro de él feliz sería

mas ¡no es mi hogar!

Y por dos veces más fue detenido aquel andar apresurado de la Señora de la Gloria.

La una ante un convento de muy humilde aspecto y ser, cuyo emblema eran dos brazos cruzados, uno de los cuales estaba desnudo; y la otra, ante un caserío gótico ornamentado con la mitra y el báculo abaciales.

El coro hizo la consabida pregunta, y la Madre de Jesús, mirándolos, con cariño de predilección, rezó la misma respuesta.

¿Dónde estaría, pues, el hogar deseado, el hogar propio de Santa María?

He aquí que sus andares se hallaron en medio de una calle casi solitaria.

Al fondo de ella había un convento con paredes a medio revocar... muy pobre... de parecer, casi inhabitable. Al verlo apresuró el paso la Madre; y el Hijo, desprendiéndose de su mano immaculada, saltando y corriendo, dirigióse hacia él.

El coro de los niños y niñas lo miraron espantados y admirados exclamaron: ¡Oh!

El convento chico y desvalido ardía en llamas.

Pero... ¡maravilla! no se desmoronaba.

Era la inmensa caridad de Cristo, que, como otra zarza de Moisés, arde pero no destruye.

Y de en medio de aquella hoguera celeste salió una gran muchedumbre de dos mil frailes blancos con palmas de martirio en sus manos, y tras ellos otra mayor muchedumbre de ochenta mil esclavos redimidos.

Y así los mártires como los redimidos llevaban en sus pechos un escudo celeste, real y militar que lo componían cuatro barras de sangre en campo de oro, y una cruz militar de plata en campo rojo. A ambos cubría la corona de un gran rey.

Santa María sonriente, gloriosa, inundada de gozo se entró dentro, como quien anda por sitio bien querido, más deseado y muy suyo.

El coro de niños y niñas boquiabierto cantó:

—Vuestro hogar Santa María
¿éste será?
—Soy su Madre y Fundadora,
¡éste es mi hogar!

Fray Serapio María Niubó
Mercedario

La conversión de Bergson

El gran filósofo judío Henry Bergson se convirtió al catolicismo algún tiempo antes de su muerte, ocurrida hace poco, a la edad de 81 años. Así lo asegura al Servicio de Noticias de la N. C. W. C. de Washington la esposa del gran filósofo francés Jacques Maritain, quien asistió con su esposa a las lecciones de Bergson en el Colegio de Francia y fueron amigos íntimos hasta su muerte. Los esposos Maritain son también judíos de raza y convertidos.

En sus últimos escritos ya se notó una vuelta radical desde la filosofía idealista por él enseñada a la filosofía cristiana de Santo Tomás. Empero,

paralela con su conversión filosófica, se produjo la religiosa. En una conversación íntima hizo a los esposos Maritain la siguiente declaración:

“Todo el bien que se ha hecho en el mundo desde Cristo y todo el que se hará... si algún bien se ha de hacer... se hizo y se hará a través del cristianismo”.

No se publicó el hecho de su bautismo. El mismo había pedido que no se publicara, hasta después de su muerte, por delicadeza hacia los judíos perseguidos en Europa. Hoy es un hecho sabido en todo el mundo.

La vergüenza

Hay muchas cosas que valen en el hombre mucho más que el oro precioso de la tierra.

Hay muchas cosas que son tan propias del hombre que sólo en el hombre se encuentran, y por ellas se diferencian de los animales.

Como que por ellas se le diferencia y define de los demás animales. Sólo el hombre es capaz de razonar, y por eso se le define diciendo que es un animal que razona. Sólo el hombre es capaz de admirar, y por eso puede decir que el hombre es un animal que admira. Sólo el hombre es capaz de reír, y por eso se le define diciendo que el hombre es un animal que ríe; y así se pueden decir otras muchas cualidades que son propias y exclusivas del hombre.

Así también se puede decir del hombre

que es un animal que tiene vergüenza. El bruto es un animal que no la tiene.

Ahora bien, amigos lectores, estamos en un tiempo en que hay muy poca vergüenza.

Divino llamado

Padre o madre cristianos ¿habéis reflexionado en la altísima dignidad que para vosotros significaría tener un hijo sacerdote? ¿Habéis pensado alguna vez que Dios puede pedirnos, entre la corona de hijos que El os ha dado, alguno para Sí? ¿Que vosotros no tenéis derecho de negar ese hijo a Dios? ¿Que si estorbáis la vocación de vuestro hijo podéis labrar su desgracia temporal y su infelicidad eterna?

Padre o madre que esto leáis, ofreced un hijo a Dios, sed generosos con El que no se dejará, ciertamente, ganar en generosidad.

Catecismo de Perseverancia

Del Cardenal Gasparri

Sinopsis del Catecismo para los adultos

Capítulo I:—De la señal de la Santa Cruz, que es el distintivo del cristiano.

Capítulo II:—De la revelación divina, como vestíbulo y puerta del catecismo, porque en este capítulo nos enseñan los modos de conocer a Dios y las verdades eternas.

Capítulo III—Del Símbolo de los Apóstoles, que contiene las principales verdades de la fe, como quiera que para salvar el alma, fin último del hombre, y como tal, su necesidad suprema, ante todo es preciso creer. Y, porque a la fe deben añadirse las obras, por esto, el capítulo IV tratará del Decálogo; el V de los Mandamientos de la Iglesia y el VI de los consejos evangélicos.

Siendo absolutamente necesaria la gracia divina para llevar a la práctica cuanto se ha dicho en los seis capítulos primeros, el VII tratará de la Gracia.

Y como los medios principales de alcanzar la gracia son la Oración y los Sacra-

mentos, por lo mismo el capítulo VIII se ocupará de la Oración y el IX de los Sacramentos.

Mas, porque juntamente con la justificación y el perdón de los pecados alcanzamos las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, de donde dimanen las bienaventuranzas evangélicas y los frutos del Espíritu Santo, el capítulo X tratará de las virtudes teologales, de los dones del Espíritu Santo, de las bienaventuranzas evangélicas y de los frutos del Espíritu Santo.

Pero, como por la resistencia a la gracia que continuamente nos dispensa Dios, podemos quebrantar voluntariamente su ley y cometer el pecado; por tanto el capítulo XI se ocupará de los pecados.

Finalmente, siendo un medio excelente para evitar el pecado, como lo persuaden las mismas Divinas Letras, la meditación de los novísimos o postrimerías del hombre, el capítulo XII versará de los novísimos.

Dice Jesús!

Madres tenedme piedad! ¡Qué angustia oprime mi Divino Corazón, cuando veo por calles, templos y paseos las **pequeñitas** de vuestros hogares, mancilladas inconscientemente por una moda inicua de **impudor y desnudez...** Ya que los grandes me abandonan, conservadme ese tesoro, las

pequeñitas, cubridlas, vestidlas, **del pecho a las rodillas**, no profanéis esos lirios. Por mi sangre, por mis espinas, cubrid su carne virginal! Os hago responsables de mis lágrimas, os aguardo ante mi tribunal, donde me diréis quien pesa más: **si el mundo o vuestro Dios.**

Testimonios de hombres célebres

“La primera razón de nuestra derrota es el abandono de todo lo que era vida espiritual en el ámbito de la nación, porque las ideas son las que conducen al mundo”.

MARISCAL PETAIN

“Los solos bienes del hombre, ¡acuérdate

bien de estos por tu vida!, son: la RELIGION, la sabiduría, la patria, los padres, los amigos, la justicia y la templanza. Todo lo demás: el poder, la riqueza, la vanagloria, el goce, no son bienes, aunque los hombres se mantienen por ellos”.

LUIS VIVES

La Hora del Dolor

La obligación de los cristianos en los momentos actuales. — El apostolado de la A. C.

Son estos los momentos de un tragedia humana que jamás vieron los siglos.

Es la hora del dolor.

La guerra, ola que todo lo arrolla, va dejando desolación en los campos y llanto en los hogares.

La guerra de hoy, es un mentís a nuestra civilización. ¡Mentira, no tenemos de civilizados, ni el nombre!

Ante esta realidad, ante este teñirse la tierra de sangre hermana, ¿cuál es la actitud del cristiano; cuál su colaboración para hacer que los hombres se traten como hermanos, para humanizar la lucha, para que cese la refriega fratricida?

Ninguna institución, ningún partido, posee los medios que tiene el cristianismo para hacer que la guerra termine, para que los hombres se reconozcan como hijos de un mismo Padre, para hacer que se amen. Es verdad que nadie puede exterminar para siempre la guerra. La guerra es la muerte, y la muerte es castigo del pecado. Pero sí se puede humanizar. Más; se puede hacer casi imposible a lo menos, durante largo tiempo.

El cristiano tiene medios aptos para trabajar por la paz; **la oración, la penitencia**, la práctica **sólida y profunda** de la vida cristiana en toda su **plenitud y hermosura**.

El cristiano no puede, no debe permanecer indiferente en esta hora de dolor. **Ore**, pida al cielo, invoque a **Cristo: ¡Salvanos, Señor, que perecemos!**

El cristiano, en estos momentos trágicos, ha de saber valorizar el dolor, el sacrificio de la vida cotidiana; ha de entender que el cumplimiento de sus deberes, que la obligación sufrida, son actos que agradan al Señor.

El cristiano, en estos días de luto universal, ha de saber sacrificar los placeres más lícitos; diversiones, entretenimientos más o menos libres, etc., etc., para alcanzar de Dios, el perdón de los pecados, propios y ajenos causa de los males y de la sangre que se vierte; ha de saber sacrificar sus pequeños apetitos y deseos, para acompañar a sus hermanos en su dolor, pues no es Cristianismo **divertirse y banquetearse**, mien-

tras nuestros hermanos lloran la muerte de un hijo, de un esposo, de un hermano: mientras miles de hombres defienden hasta la muerte, la integridad y la honra de su patria.

Oremos y hagamos penitencia por los que sufren en el momento actual.

¡Reavivemos nuestra Fe! ¡Vivamos nuestro Cristianismo!

Pero el cristiano aún puede hacer más para que la lucha termine.

Si hay guerra en el mundo, es porque falta un ideal común. Ideal que no pueden ser las ambiciones meramente terrenas y materiales. Sino que ha de ser un ideal suficiente luminoso para que atraiga a los hombres e ilumine su camino; ideal que sea imán para las voluntades y brújula para los entendimientos.

Este ideal es **Cristo, y sólo Cristo**.

A nosotros nos toca, en la medida de nuestras posibilidades; hacerlo conocer y amar.

El gobernante y el obrero; el oficinista y el comerciante; el rico y el pobre: el instruido y el ignorante, pueden y deben colaborar con la Iglesia para dar a conocer ese ideal: **Cristo**.

Es un deber hacer algo porque el mundo vuelva a **Cristo**.

Es urgente que comprendamos cuál es nuestra obligación en la lucha que se lleva a cabo.

Y las **Juventudes, esas Juventudes**, preciosa esperanza del mañana incierto y oscuro, vayan da. Este continente juvenil ha de organizarse, da. Este continente juvenil ha de organizarse, Acción Católica .

y en ningún aparte lo estará mejor que en la

Trabajar en la Acción Católica, es ahora un deber que obliga en conciencia a aquellos que pueden hacer algo por el mundo que agoniza. La caridad llega a obligar gravemente en determinadas circunstancias, v. gr. en extrema necesidad. Pues, el mundo está en extrema necesidad: necesita ser recristianizado. Trabajar por este fin es, en esta hora de dolor, una obligación para quienes lo pueden hacer.

¡De pie, pues, Cristianos! Es el momento en que nuestro continente es valioso. **¡juventudes todas**, organizáos en la Acción Católica, para hacer más eficaces vuestras energías!

¡No temáis la lucha! Cristo está con nosotros!

G. A.

Al oído de la esposa

Sacrificáos

Esposas: cada día de vuestra vida, debe traer una buena dosis de sentido común y de experiencia, para que os deis cuenta de que la vida es algo más que vestir, pasear y daros gusto.

Tenéis deberes muy sagrados que cumplir, y el primero de todos es el de velar por el alma del compañero que Dios ha colocado a vuestro lado.

Tenéis obligación de cuidar de que en esa alma brille siempre la antorcha de la fe; que no se extinga con los embates del mundo, los arrebatos de las pasiones y los mil peligros que la rodean. Para esto ante todo, la esposa debe ser ella misma, un santuario de fe y de virtud. Cuando de ella emanan perfumes de bondad, sabiduría y cristianismo, él nunca olvidará los buenos principios y convicciones; si se enfrían en él, revivirán siempre bajo el techo de su hogar.

Con frecuencia oímos frases como ésta: "Los hombres son así..." "Que haga lo que quiera, con tal que a mí no me prive de mis prácticas piadosas..." Mal principio de cuentas... Peligroso divorcio de espíritus...

Miles de recursos tiene la esposa para conservar un dominio sabio y prudente sobre el ser espiritual de su compañero. El lo sabe perfectamente bien; pero como no en todo, espera que ella abandone la fortaleza para entregarse a la indiferencia y frialdad en las prácticas religiosas.

Esposas, no cedáis; por favor defended el alma de vuestros esposos, en la mayoría de los casos más débiles que las vuestras. Habrá escaramuzas, quizá combates, pero si sois valientes, la victoria será vuestra: esa alma será de Dios... Y lo deberá a vosotras: habréis realizado la mejor conquista de vuestra vida.

Si os ve vacilar..., tendréis el desengaño de verlo alejarse espiritualmente de vosotras. Usad las armas del cariño, paciencia, tolerancia y amorosa solicitud... Allá en el fondo de vuestro corazón, encended la lámpara de la oración y el sacrificio...

He aquí las exigencias del triunfo...

Sed prudentes

Esposas: no queráis convertir vuestro hogar

en una cárcel enrejada, donde haya una carcelera y un prisionero.

Habéis elegido un compañero, y vuestro deber es honrarlo con fe y confianza. Habéis unido vuestros destinos a los suyos para entregarlos ciegamente a su cariño y a su protección. Siendo así, vuestro amor, vuestra solicitud, son los que deben velar por su existencia; los celos, la desconfianza, el espionaje, sólo servirán para alejarlo de vuestro lado y quizá convertirlo en pájaro descarriado que abandone sus deberes.

La esposa inteligente, perspicaz y de tino, conocerá la forma de rodear a su esposo de una vigilancia cautelosa y acertada; pero siempre manteniéndose en los límites de una prudencia sabia y discreta.

El matrimonio no es la anulación total de la independencia masculina. Querer coartar una libertad sobria y moderada, es querer retener al hombre por la fuerza. Ese sería el peor de los sistemas, y sólo traería como consecuencia, ponerle en la cabeza el deseo de romper, por todos los medios posibles, las cadenas que lo aprisionan.

El hogar puede y debe atraer y conservar al esposo; la prisión sólo lo alejará cada día más.

La experiencia diaria nos enseña cómo muchísimos de los problemas conyugales se resolverán fácilmente si los cónyuges cambiaran un poco de táctica. Recursos muy de moda son las escenas teatrales que levantan verdaderos muros entre marido y mujer: él tiene como paracaídas, el club, el casino, la cantina, etc. etc., ella el aburrimiento, el marasmo, la desesperación e impotencia.—¿El epílogo...?, dos seres unidos por la fuerza, quizá por el deber, o la apariencia...

La esposa es luz, apoyo y fuerza moral de su hogar. Su posición es de prudencia, tino y acercamiento; su misión, de virtud, amor y caridad.

Depende, pues, de nosotras, hacer de nuestros hogares un paraíso en la tierra o una prisión con rejas...

Clo- Bell

De "El Heraldo Serafico"

Fiebre-temperatura alta-no hace daño

Hace algunos años se curaban ciertas variedades de demencia que ocurrían conjuntamente con la parálisis inyectando la bacteria de la malaria o paludismo en el paciente con el objeto de producírsela. Se había notado que cuando se curaba la malaria con quinina, algunos de los pacientes recobraban su juicio y regresaban a sus hogares. Más tarde se descubrió que fue el intenso calor-fiebre que les causó la bacteria de la malaria lo que los curó. El calor ayuda eficazmente al cuerpo a reaccionar cuando lo ataca alguna enfermedad.

Los doctores recuerdan que no hace muchos años se hacía bajar, casi con regularidad, la temperatura de un paciente, dándole un laxante, poco alimento y un febrífugo. Hoy, en muchos casos, eso no se hace. Es sólo cuando la fiebre sube a grados peligrosos que se trata de bajar por cuanto se considera el medio que emplea la Naturaleza para combatir la enfermedad.

Un artículo del doctor F. H. Redewell acerca de la fiebre publicado en la revista de urología y enfermedades cutáneas (Urology and Cutaneous Review) decía lo siguiente:

"La fiebre es un proceso que ayuda a destruir las sustancias nocivas que entran en el cuerpo. Además hace crecer el número de leucocitos (glóbulos blancos) y los clasmaticitos (grandes células) en la sangre, linfa y tejidos del cuerpo para hacerlos más resistentes a la infección y acelera el paso

a que se evolucionan los procesos corporales."

Hoy no es raro que los doctores empleen la electricidad (diatermia o electroterapia) y otros medios para hacer subir la temperatura para que el calor aumente su resistencia a la enfermedad.

Agrega el doctor Redewell que cuando los medios térmicos se generalicen, se olvidará el hábito de bajar la temperatura.

La conclusión es que la fiebre no hace daño y los padres de familia y otras personas cometen un error al tratar de bajar la temperatura cada vez que el termómetro marca uno o dos grados más de calentura. Cuando sube la temperatura es señal de enfermedad y el paciente debe guardar cama para salvar la fuerza de su corazón. No quiere decir que la temperatura se debe bajar. Eso se deja a criterio del doctor.

GMO. NIEHAUS & C^o

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"
 " de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"
 " de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"
 ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
 ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO"

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR
 Apartado 493 — Teléfono 2131

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER

Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
 en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del
 Carmen